

Instantáneas

Las primeras fotografías que recuerdo las tomé de un primo mío que luego, aún muy joven, murió de sobredosis. No le dio tiempo a convertirse en una persona marginal. Estudiaba Historia en Santiago. Empezó a consumir heroína conmigo. Yo fui el nexo entre el mundo de la droga y el suyo, uno más organizado en el que se van siguiendo los pasos que la vida marca.

Yo salí rápido del guion. Ni siquiera acabé BUP. A veces faltaba a clase para ir a la biblioteca. Me interesaba la cultura, quería ser diferente, pero una vez que me enganché a la heroína todo eso se fue perdiendo. Años después, al iniciarme en la fotografía, conseguí poco a poco recuperar esas inquietudes que tenía cuando era más joven.

Teníamos dieciséis o diecisiete años. Estábamos en Barcelona para ver el Salón del Cómic. Mi primo y Miguel Anxo, un amigo, fueron en avión, yo no tenía dinero y fui en autostop. Subí a un camión en Tafisa, la fábrica de tableros de Pontevedra, y llegué a Barcelona un día antes que ellos. Era menor de edad. Tenía muy poco dinero. Siempre he viajado con muy poco dinero. O sin dinero. Estuve en la plaza de España sin saber dónde

iba a dormir. Entré en un bar a pedir algo de comer. Al verme, el dueño se acordó de su hijo, que también andaba por ahí, y me hizo un bocadillo de salchicha. Estaba sentado en la calle comiendo el bocadillo cuando vi a un grupo de *skinheads*. Era a principios de los noventa. Me puse algo nervioso y fui a dormir al aeropuerto. Cuando llegaron Miguel y mi primo cogimos una habitación cerca de la estación de Francia. Recuerdo haber hecho dos o tres fotografías, la clásica foto de habitación de pensión, un género en sí mismo.

No sé dónde están esos negativos. Ni siquiera era mía la cámara, era de mi primo. Una vez que murió, las relaciones con mis tíos y mi prima desaparecieron. Creo que me hacían responsable de su muerte. Nos llevábamos sólo dos meses. Estábamos muy unidos.

Le hice también una foto en las escaleras mecánicas que suben a Montjuïc. Y otra con él en primer plano, en alto, la ciudad al fondo. Cuando tomé esas fotografías ya tenía una intención estética. Aunque eran fotos de recuerdo, me preocupaba por el encuadre, por la luz. Me gustaron. Entonces pensé que podía dedicarme a la fotografía. En mi ingenuidad lo veía como algo fácil.

En esa época andaba buscando algo. Tocaba la guitarra. Le dediqué muchas horas, aunque debido a la forma de mis uñas no era capaz de pulsar bien las cuerdas, lo que me producía mucha frustración.

Después empecé a consumir heroína. No estudiaba. Era muy inseguro.

La música pasó porque no tenía ninguna posibilidad. La fotografía quedó ahí. Como una semilla.

Vivía en el barrio de As Travesas, pero casi toda mi familia paterna, mis abuelos y tíos, vivía en el centro, cerca del Castro. Pasaba los fines de semana con ellos. Mi abuela era como una madre

para mí. Mi abuelo, una figura de referencia, una presencia importante. Esta rama de la familia era de clase media urbana. Mi abuelo recibió de su tío la imprenta Godoy, que estuvo a punto de ser centenaria. Mi bisabuelo fue maquinista de tren. Me gusta imaginarlo como un furibundo anarquista con la cara tiznada de hollín, pero quizás fue sólo socialista. Mi abuela contaba que después de la guerra tuvieron que pagar mucho dinero para que no mataran a su padre.

Con mis abuelos maternos fui perdiendo contacto, aunque después lo retomé, sobre todo con mi abuela. Mi abuelo materno nunca me entendió. No me decía nada. Mi abuela era otra historia, astuta y algo excéntrica.

Mis padres se casaron sin su consentimiento. La boda se celebró en secreto. No hay fotos de la ceremonia. Mis dos familias nunca se trataron, ni se respetaron, eran antagónicas.

A partir de los nueve o diez años en mi casa cambiaron mucho las cosas. Hubo problemas económicos. Mis padres no se entendían. Continuamente había reproches, discusiones. Mi padre lo llevaba con temple, pero mi madre entró en depresión, empezó a jugar. La primera vez que faltó de noche fue durante la primera guerra del Golfo. Estábamos viendo el bombardeo sobre Bagdad, luces verdes en el cielo negro.

Yo siempre escapaba. Mientras fui pequeño y no podía estar en la calle me iba a casa de mis abuelos o de mis tíos. Era feliz fuera de casa. Mi hermano pequeño se quedaba.

Mi vida cambió. Me fui dando cuenta poco a poco. Siempre sentía, al recordar situaciones o al encontrar en casa cosas del pasado, el deseo de volver atrás, de estar otra vez como antes.

De pequeño estaba muy desconectado de mi barrio, un entorno de clase obrera. Estudié en el Opus Dei, en Montecastelo. Coincidiendo con nuestra deriva socioeconómica, estuve tres años con

los Maristas. Tengo muy malos recuerdos de su trato. Me expulsaron por mala conducta. Luego empecé en un colegio de Coia. Así acabé identificándome con el ambiente en el que vivíamos. A este nuevo colegio iba caminando, en vez de ir en autobús como antes. Empecé a juntarme con la gente del barrio. Desde el principio me atraía la aventura, lo marginal. Creo que, salvo que alguien me hubiera psicoanalizado y me hubiese desconectado ese circuito, estaba abocado a las drogas. Sentía inseguridad, desasosiego. Siempre tuve tendencia a la evasión. No quería enfrentarme a los problemas.

Mis primeros contactos con lo marginal fueron cuando venía un yonqui y me decía: «A ver, ¿qué tienes en el bolsillo?». Yo no quería líos, le daba lo que llevase. En aquella época se veían muchos yonquis por la calle. Se pinchaban en cualquier sitio. Llegaba uno a un portal, se sentaba en la jardinera o en un banco corrido y se ponía un pico. Yo no entendía bien qué estaba haciendo y miraba con asombro, con fascinación. Se quedaba dormido tres o cuatro horas, se despertaba, se levantaba y se iba tranquilamente.

Las primeras drogas que recuerdo haber vendido fueron ácidos. Quería tener tiempo para mí y dinero rápido. Había estado trabajando ocho meses como repartidor de pizzas, pero no lo veía como forma de vida.

En mi entorno estaba por un lado el barrio, un ambiente duro en el que había que aprender a moverse, y por otro mi amigo Andrés, un tipo tranquilo, educado. Vendía droga, me propuso participar y enseguida le dije que sí. Pasado el tiempo tuvo problemas y lo dejó todo para dedicarse a negocios legales.

Yo no era un chico malo, pero me sentía atraído precisamente por aquello que no era. A la vez que me iniciaba en la venta de drogas, las consumía yo mismo. La primera vez que tomé cocaína fue porque había ido a Vilagarcía con Andrés, a comprar para vender en Vigo. Íbamos en un Land Rover. Llegamos

al monte donde nos esperaban los Dalton (así se hacían llamar los traficantes). Nos pusimos en paralelo a su coche e hicimos el intercambio por las ventanillas.

Andrés me daba la mitad de lo que comprábamos, yo hacía unas pajitas de medio gramo y me ponía a venderlas en las escaleras de la calle Ecuador. Siempre acababa fatal. Estaba con Bruno, que lleva ahora cinco años en un centro de rehabilitación ultracatólico en Italia, y antes de darnos cuenta nos habíamos metido toda la farlopa: «¡Qué desastre! ¡Nunca más!». Cuántas veces dijimos eso.

Con la farlopa no ganaba nada. Con los tripis, sí. Recuerdo un San Juan muy intenso. Pero Vigo era una ciudad peligrosa. Muchos han muerto, no sólo de sobredosis.

Enseguida contacté con Travolta. Nos hicimos buenos amigos. Luego murió al caer de un noveno piso. No se sabe si se tiró o lo tiraron. Él fue el que me empezó a poner chocolate, un cuarto, medio kilo a muy buen precio.

Me gustaba la lectura. Recuerdo especialmente *El lobo estepario*, de Hermann Hesse. Qué diferente es leerlo ahora. Recuerdo también cómics como *Akira*, de Otomo, que leía siempre escuchando a Jane's Addiction. También me gustaba John Difool, el personaje de Moebius y Jodorowsky. Leía a Robert Crumb, a Frank Miller. De mi sueldo de repartidor de pizza, que no llegaba a treinta mil pesetas, me gastaba la mitad en cómics. Fui a mi primer concierto, de Los Enemigos, en La Iguana. Luego iba los jueves con mi amigo Fer a ver a los Tasmanian Devils tocar blues en esa misma sala. Empezaba a tener una vida de adulto. Percibía que había algo más allá del instituto. Mi padre confiaba en mí, no se preocupaba en exceso. Pero cuando entran en juego las drogas y la adicción, todo se altera. La confianza ya no es posible.

Llevaba una temporada fumando canutos cuando tomé heroína por primera vez. Fue estando aún en mi barrio. Recién acabados

los ochenta no había luces de colores. Era un Vigo duro, gris, lluvioso. En ese entorno te mantienes alerta, eres consciente de estar en terreno peligroso. Ves la droga tal como es, sin disfraces: es heroína, es Vigo, es el barrio, es la gente con la que estás.

Fue fumando un chino con mi amigo Pablo en un trastero cerca del parque de Castrelos. Sentí paz. Reconocí inmediatamente que esa sustancia venía a cubrir una necesidad o a reajustar algo en mi interior. Conozco gente que la ha probado y no le ha gustado, no ha sentido nada especial. Yo noté que apaciguaba toda mi ansiedad. Además, como tenía tendencia a no hacer nada, se convirtió en la excusa perfecta para esa inactividad. Enseguida me di cuenta de que me iba a ser muy difícil dejarlo. Con otras drogas, como la cocaína, no he tenido esa impresión. He tomado mucha coca, siempre con una actitud lúdica, arrastrado por las circunstancias, pero no es una droga que me satisfaga internamente y, por lo tanto, me resulta mucho más fácil dejar de tomarla.

Al principio los consumos eran de fin de semana, siempre con Vigo como escenario.

Con Andrés no tomaba caballo. Él me recuerda: «¿Qué? ¿Dónde están el Abdón, el Rizos, el Rubio...?». Yo le digo: «¿Y los que vendían para ti, no pasaron por la cárcel?». Y ahí lo dejamos. Se dedicaba a vender, pero sólo consumía en fin de semana, de fiesta, unas pastillas, algo de coca. Tenía muy claro con quién podía estar y con quién no.

Llegué a atracar una tienda, no por necesidad sino por saber qué se sentía. Yo andaba entre dos mundos, estaba con mi familia, mi primo y sus amigos estudiantes, que hacían las cosas más o menos bien, y estaba con la gente del barrio, con los malos. Sentía que no estaba totalmente en un lugar ni en el otro. Fue después, en Santiago, cuando encontré mi sitio, cuando pude dejar de disimular.

Fuimos mi amigo Javier y yo. Él muy pronto cortó con ese mundo, estudió en los Jesuitas y hoy es director de una sucursal bancaria. Pero en ese momento fumábamos heroína ocasionalmente y nos relacionábamos con gente de nuestro barrio que estaba muy fuera de todo. Tirones, casas, bancos. Vigo era una de las ciudades con mayor índice de criminalidad de esa época. Cuando más tarde hacía viajes con amigos por España, si la policía nos obligaba a identificarnos, al ver que éramos de Vigo adoptaban una actitud alerta, precavida, con un punto de ironía.

Nos pusimos un chándal, metí un cuchillo de cocina en el bolsillo. Antes de entrar estuvimos estudiando el terreno, los semáforos, los locales cercanos. Entramos en la tienda, estaba vacía. Hubo unos segundos de silencio. Nos mirábamos desconcertados, sin saber qué hacer, hasta que sale la dueña, una señora mayor que nos pregunta qué queremos. Nosotros seguimos callados. Ninguno de los dos se atreve a decir: «¡El dinero!». Habíamos robado en supermercados, en El Corte Inglés, donde no se dice nada, pero un atraco no lo sabíamos hacer. Sentíamos también ese respeto que no se pierde del todo ante las mujeres mayores. Por fin yo consigo decir: «¡Señora, denos el dinero!», y le enseño el cuchillo. Entonces se oye una voz de mujer en la entrada que dice: «¡María! ¿Qué pasa, María?». Era una vecina que nos había visto entrar desde su casa. Otra vez nos quedamos parados unos segundos, mirando a un lado y al otro como en un partido de tenis. Rompo el bloqueo y, pasando al otro lado del mostrador, empiezo a llenarme los bolsillos con lo que había en la caja, diez o quince mil pesetas. Con la confusión, nos olvidamos por completo de la señora de la puerta. Desde allí empieza a gritar a voz en cuello: «¡Ladrones! ¡Socorro!». Había un bar al lado de la tienda. Cuando empiezan los gritos, salimos a la calle dando un empujón a la dueña. Cinco o seis hombres salen del bar y se dirigen hacia nosotros. Echamos a correr. Enseguida les sacamos ventaja. Éramos muy jóvenes y estábamos en forma,

jugábamos al baloncesto, al fútbol, al tenis. A Javier se le cayeron las llaves y le dio tiempo a pararse y recogerlas. Cuando llegamos al Berbés hicimos lo que nos habían recomendado en el barrio: caminar tranquilamente, coger un taxi e ir a otra parte de la ciudad. El dinero nos lo gastamos al día siguiente en cocaína para un cumpleaños.

Más adelante, cuando venía a Vigo y la casa de mis padres estaba vacía, robaba todo lo que encontraba para venderlo. Mis padres se habían separado, mi madre estaba en el extranjero y mi padre se había ido a vivir a otro lugar. Robé la alianza de mi madre y la vendí en un Cash Converters. Fue tanto por revancha como por necesidad.

He robado mucho en tiendas, grandes superficies, supermercados. En El Corte Inglés de Vigo robaba Levi's para venderlos en el barrio. Me los ponía debajo de los pantalones y salía andando. Una vez estaba caminando por la planta para salir a la calle cuando alguien me cogió del brazo a la vez que me decía: «Acompáñeme, por favor». Empezó a guiarme hacia las oficinas pero, pensando que yo le iba a seguir dócilmente, me soltó. En ese momento eché a correr y salí a la calle. En esa época no había seguridad en la puerta. Creo que el tipo no intentó ni seguirme.

En las tiendas de discos de segunda mano de Madrid he llegado a robar cedés en una para venderlos en la de al lado.

También vendíamos pasaportes, se podía sacar dinero. O te podían dar el palo.

A veces he tenido deudas importantes con traficantes que no he podido pagar por haberme gastado todo en drogas. Pero creo que nunca he engañado ni robado a un amigo, a alguien que confía en mí, para poderme drogar.

Estar enganchado a las drogas no es excusa para tener un comportamiento inmoral. Si robas a tu familia o engañas a tus amigos, no es porque seas yonqui.

Yo ya me drogaba, pero el atraco no fue porque tuviera el mono o estuviese desesperado. Tampoco mi nivel cultural era demasiado bajo, comparado con lo que había a mi alrededor, ni mi casa estaba tan desestructurada. Siempre tuve la casa de mis abuelos como refugio. Moquetas, lámparas de pantalla de pergamino, cuadros al óleo. Allí me sentía querido, protegido. Luego, en la adolescencia, me di cuenta de que esa no era mi casa. Mi casa era la otra, donde vivía. Y en esa no quería vivir.